

*La Noche* (1920). «Frutos del País. La película *Pervanche*. Seamos Justos». 15 de junio, Teatros, p. 3.

Continúa imperando entre el charruismo ambiente, la desdichada práctica de ser excesivamente severos con todo lo que, en cuestiones de arte aquí se produce, mientras aceptan hasta los más absurdos adesios que nos arrojan del exterior. Se ha realizado, por primera vez en Montevideo, la impresión de una cinta cinematográfica, y no ha faltado quien, llegando al paroxismo de la intolerancia, ha intentado desmenuzarla. No diremos que *Pervanche* sea un dechado de perfecciones. No. Nada de eso. Pero dentro de un arte, aún incipiente dentro de nuestro país, revela un esfuerzo, muy digno de encomio. Máxime si se tiene en cuenta todos los factores negativos de éxito, que han debido salvar los encargados de la confección. En primer lugar, la selección del tema que debió ser trivial y carente de grandes pasiones con «ulterioridades» mayores que lógicamente, traerían aparejadas complicaciones escabrosas, puesto que en su interpretación intervendrían señoras y niñas de nuestra sociedad y no artistas profesionales. También han tenido que concretarse, a desarrollar la acción del film, dentro del reducido perímetro metropolitano, cuyas vistas panorámicas son de todos conocidas y que, además, digámoslo con franqueza, no encierran nada de extraordinario. Lo mismo acaece con los «interiores». No tienen esa fastuosidad que nos deslumbra en las cintas norteamericanas, por ejemplo. Nuestros ricos son hombres prácticos por ley de atavismo y entre un cuadro de Rembrandt y una porcelana auténtica de Sevres, prefieren acciones de un frigorífico. Según ellos adornan menos, pero producen más. Los que critican *Pervanche* han olvidado porque convenía a sus antipáticos fines —que quienes la han interpretado son simples aficionados que han asumido todos los sinsabores e incomodidades que emanan de esa ardua labor, guiados por un plausible propósito caritativo, que los hace dignos de admiración. Al referirse a ellos, han dicho, los censores, con una ridícula galantería, «que no están mal». Alto ahí, señores! Están bien, muy bien y algunos están mucho mejor que ciertos partiquines que, como estrellas nos contrabandea la cinematografía extranjera. La señora Gladys Cooper de Buck, que con singular talento ha realizado el rol de protagonista en *Pervanche* iguala y en muchos instantes supera, la labor de muchas actrices, que la sanción pública ha elevado a la categoría de «reinas de la escena muda». Es la señora Cooper de Buck, una artista, una verdadera artista en la acepción más noble del concepto. Es admirable la elocuencia con que expresa, ora con el mirar de sus ojos parleros, ora con un gesto distinguido y justo, toda la gama de la sentimentalidad. Según lo exija la fábula, se entenece, se apasiona, se alegra y llora, siendo siempre emotiva y traduciendo su pensar con la mirada llena de misterio y sus de manos que parecen esfumarse en la caricia de un resentimiento, de un ideal en gestación. Dignas compañeras de la gentil protagonista, son las demás distinguidas

damas, que la han acompañado en esta accidental incursión por los templos, que han dignificado con su fugaz presencia.

También los caballeros que actúan en *Pervanche* se comportan muy discretamente, pero no los «adjetivamos» por temor a que, alentados por el elogio, reincidan en la «filmatura» y resulten luego competidores de Douglas o Chaplin. Tan sólo mentaremos a uno de los improvisados actores, a Zumarán, pero es porque deseamos contar algo que oímos la noche del estreno de *Pervanche*, y que, tal vez, a él le interese. A una señorita joven y agraciada (Agraciada y Asunción), le decía una amiga:

—A mí no me gusta como está Cheche, ché.

Y respondióle la otra:

—Pero mi hijita! Comprende que es la noche de estreno y estará nervioso. Apostaría a que mañana trabaja mejor. ¿Cómo no? ¡Si es tan mono!

Amigo Zumarán: sospechamos que esa niña tan dada a la hipótesis, está enamorada de usted, pues de otra manera no se explica tanto optimismo. Ya lo sabe: Agraciada y Asunción (Asunción es la madre) y conste que en obsequio a la simpatía que usted nos merece, es que hacemos de doña Sirena, eh?

Y volviendo a *Pervanche*. Merecen un elogio amplio y sin «peros» los intérpretes, por su actuación y por la finalidad de este sacrificio, los operadores, que han demostrado su idoneidad en la nitidez de la fotografía y en los efectos de luz; los señores Oliver y Cía., editores, por no estar contaminados por el «amarretismo» (enfermedad nacional), y, finalmente, vaya un aplauso ruidoso como la vida sincero como la muerte, para nuestro estimado compañero de tareas, Ibañez Saavedra, que, a pesar de ser marino, ha ganado en tierra esta gran batalla, que representa la dirección de un film. Ibañez Saavedra se ha revelado un excelente director de cine, y como Ibañez Saavedra es marino, literato, pintor y, ahora, director pelicularo, de hoy en adelante le llamaremos a Ibañez Saavedra: el hombre-orquesta.